

Rivalidad China-Estados Unidos y la pandemia del Covid-19

China-US rivalry and the covid-19 pandemic



Eugenio Anguiano
Centro de Investigación
y Docencia Económicas (CIDE)
<eugenio.anguiano@cide.edu >

Journal of Economic Literature (JEL):
O51, O53, I11

Palabras clave:
Estados Unidos
Asia, incluido Oriente Medio
Análisis de la asistencia sanitaria

Keywords:
United States
Asia including Middle East
Analysis of Health Care

Fecha de recepción:
22 de mayo de 2020

Fecha de aceptación:
9 de julio de 2020

Resumen

El texto ofrece un panorama histórico de la relación entre China y Estados Unidos, donde se advierten diversas etapas de la tensa situación entre ellos, con énfasis en la etapa actual a raíz del surgimiento del Covid-19. La visión cada vez más dominante en Estados Unidos es que China Popular es una amenaza para la hegemonía estadounidense. Por otra parte, durante esta etapa de Covid-19 China ha salido fortalecido por la relativa rapidez con la que se contuvo la epidemia al interior de ese país y se ha convertido en un exportador mayoritario de materiales anti-epidémicos respecto a la desastrosa actuación de Donald Trump en Estados Unidos. También en México había cobrado numerosos decesos, en medio de una guerra entre Estados Unidos y China en el ámbito de la pandemia y en otros campos. Llama la atención que líderes de México hayan dicho que eso beneficiaba a las exportaciones de México a Estados Unidos. Sin embargo, México no tendría la capacidad para sustituir las exportaciones chinas a Estados Unidos. Por lo tanto, nos conviene más que esa confrontación termine pues las cadenas de producción China-México-Estados Unidos continuarán con su propia dinámica en ausencia de proteccionismos comerciales, por lo cual se advierte que siempre será mejor para los intereses nacionales una amplia cooperación entre estos países.

Abstract

Text offers a wide historical sight relating China and the United States, where several stages of tense situation between the two are noticed, with an emphasis on the present moment of the Covid-19 appearance. The each time more dominant vision in the United States considers Popular China a menace to American hegemony. On the other side, China has experienced reinforcement due to the relative quickness with which the pandemic was contained, and has become a major exporter of anti-epidemic materials, in comparison to Donald Trump's disastrous behavior in the United States. Also Mexico has experienced numerous deceases, in middle of a war between the United States and China concerning the pandemic and other fields. It is noticeable that Mexican leaders have declared that such situation was beneficial to Mexican exports to the United States; Mexico would not have the capacity to substitute Chinese export to the United States. It is therefore more convenient to us that this confrontation ends up, since production chains in Mexico-China-United States will keep up their own dynamics in absence of commercial protectionisms, which lets us notice that it will always be better for the national interests a wide cooperation among these countries.

86

Estados Unidos vio en la creación de la República Popular China, en octubre de 1949, una amenaza para sus intereses. El partido comunista de ese país, que salió triunfante de la guerra civil de 1946-1949, último tramo de una prolongada lucha por el poder entre comunistas y nacionalistas chinos, había sido creado en 1921 con el apoyo de agentes de la Internacional Comunista (Comintern) y por tanto, los dirigentes estadounidenses consideraron a la “Nueva China” como un mero instrumento de la Unión Soviética en su ambición por expandir su zona de influencia en Asia.

Así, sucesivos gobiernos de Washington implantaron políticas para bloquear a la República Popular con miras a hacerla fracasar. En otras palabras, Estados Unidos extendió la Guerra Fría a una amplia región asiática, al confrontar a los comunistas chinos en la Península de Corea en un conflicto militar que estuvo a punto de calentar aquella Guerra.

Por 22 años Estados Unidos y China fueron enemigos políticos y sistémicos, hasta que en 1971 el presidente Richard Nixon, un connotado político anticomunista, puso en marcha, junto con su asesor en jefe en seguridad nacional Henry Kissinger, un inesperado acercamiento a China comunista, la que a la sazón había estado al borde de una guerra total con la Unión Soviética. Esa maniobra concluyó en febrero del año siguiente con el sorprendente encuentro entre Nixon-Kissinger y Mao Zedong-Zhou Enlai, efectuado en las ciudades de Beijing y Shanghai.¹

A partir de entonces se puso en marcha una estrategia de cooperación y acercamiento económico, que fue fortalecida con el establecimiento de relaciones diplomáticas bilaterales plenas al inicio de 1979. Para China el objetivo era romper el aislamiento y abrirse políticamente, seguida a partir de 1980, de una apertura económica y financiera que le permitiría lograr altas tasas de crecimiento económico sostenidas a lo largo de 30 años. Estados Unidos, por su parte, fomentó un “acoplamiento” con China socialista con el fin de facilitar la conversión de su sistema económico a uno de mercado y eventualmente la de su régimen político hacia un sistema liberal capitalista.

Las relaciones sino-estadounidenses fueron caracterizadas como las de “rivales cooperantes” (He, 2018), y duraron casi cuatro décadas, pero esa situación ha terminado para dar paso a una relación entre “rivales competidores” (*ibídem*).

Más sobre rivalidad

Desde los últimos años del siglo xx, comenzaron las especulaciones entre algunos especialistas estadounidenses sobre si eventualmente

¹ En este trabajo se usa el sistema oficial de transliteración *Pin yin*, para nombres de personas y lugares chinos, por tanto no cabe la castellanización de palabras como Pekín, en vez de Beijing, o Shanhái en vez de Shanghai.

China sería un rival peligroso para su país (Bernstein y Munro, 1997), o si ella estaba lejos de poder rivalizar con la única superpotencia hegemónica que había quedado en el mundo después de la desaparición de la URSS (Nathan y Ross: 1997). En universidades y centros de investigación no faltó incluso la hipótesis de que así como Japón había sido el adversario central de Estados Unidos por el dominio del Océano Pacífico en la primera mitad del siglo XX, China Popular lo sería en la primera mitad del presente siglo.²

En contraste, en los ámbitos académicos y periodísticos de China no se especulaba sobre un posible futuro enfrentamiento político, ni mucho menos militar, con la primera potencia del mundo. Por el contrario, bajo la supervisión estatal se divulgó en la televisión y otros medios de comunicación la visión del liderazgo chino de fines del siglo XX. Esta consistía en subrayar que a un país en ascenso mundial, como China, no le conviene confrontarse con potencias dominantes en el sistema político internacional y en cambio sí le reditúa beneficios el adaptarse al *statu quo* vigente. Para hacer comprender a la población china esta estrategia de ascenso pacífico, se les educaba usando los casos históricos de la Alemania Guillermina y del Japón militar que retaron a las potencias de entonces con los resultados desastrosos de haber perdido en la Primera y Segunda Guerra Mundiales, respectivamente.

China, potencia en ascenso

A medida que China avanzaba hasta colocarse como la primera mayor economía del mundo (PIB total PPA, \$ a precios internacionales constantes de 2011), lo cual ocurrió a partir de 2017, en círculos estadounidenses aumentaba el temor de que su país fuera rebasado por su principal competidor. No obstante, ese mismo PIB calculado en dólares a precios constantes de 2010, arroja un resultado opuesto; para 2018, dato más reciente del Banco Mundial,³ el PIB estadounidense era superior al chino en 7.06 billones (17.86 contra 10.80 billones).

En per cápita, la brecha entre ambos países es todavía mayor, sea que se mida a la PPA de las monedas o en dólares a precios corrientes de 2010. En este último indicador la diferencia es abismal: \$54,659 por habitante de Estados Unidos contra 7,753 en China.

Aunque el crecimiento económico chino ha sido espectacular y sostenido por más de tres décadas, sus niveles macroeconómicos, medidos de varias maneras excepto el PIB por PPA, están muy por debajo

2 El autor descartó tal tipo de hipótesis en conferencias en las que participó.

3 Datos de PIB total y PIB per cápita tomados de <https://datos.bancomundial.org/indicador> [Economía y crecimiento]

de los de Estados Unidos y de la mayoría de las economías desarrolladas. Por ejemplo, el Fondo Monetario Internacional publica en sus perspectivas bianuales de la economía mundial (WEO, sus siglas en inglés), un cuadro síntesis de la colocación de las principales economías avanzadas y emergentes en relación al PIB (PPA), exportación de bienes y servicios (US\$ corrientes) y población mundiales.

En los datos correspondientes a 2018, China representaba 18.7% del PIB global (PPA) y Estados Unidos 15.2%, pero esta porción era generada por 4.4% de la población mundial, mientras que el PIB chino fue el resultado de la actividad productiva de 18.7% de la población mundial. La India aporta 7.7% del producto global, por encima Alemania, Japón y los demás países desarrollados; claro, la población india es superior a los un mil millones de habitantes (17.9% de la mundial).

En cuanto a la participación en la exportación mundial de bienes y servicios medido en dólares nominales, se evidencia la fuerza de China –a la que desde hace tiempo se le ha llamado “taller del mundo”– ya que representa casi lo mismo que Estados Unidos e incluso lo superó en 2018, al quedarse con 10.7% del pastel exportador (Estados Unidos con 10.1%). Vale destacar el muy reconocido papel exportador de Alemania, ya que en el cuadro del FMI puede verse que con apenas 1.1% de la población mundial los alemanes exportaron bienes y servicios cuyo porcentaje del mundial quedó en 7.5.⁴

Y es justamente la competitividad internacional de China lo que más preocupa a los obsesionados por la declinación del “imperio americano.” Prácticamente desde la apertura china a la economía mundial, a principios de la década de 1980, Estados Unidos ha registrado déficit comerciales en forma creciente frente a China. Fenómeno que, por lo demás, también se observa en la balanza comercial estadounidense con el resto del mundo.

Ese, llámesele, desequilibrio estructural entre China y Estados Unidos movió al errático Presidente Donald Trump a imponer unilateralmente aranceles a las importaciones procedentes de la República Popular. China respondió con la misma moneda y entre enero de 2018 y octubre de 2019, hubo una guerra comercial entre las dos potencias económicas, que afectó negativamente al volumen del comercio mundial.

Los efectos correctivos de las medidas proteccionistas de Estados Unidos fueron moderados. Según cifras del censo de Estados Unidos, el déficit comercial con China llegó a 420 mil millones de dólares nominales en 2018, lo que representó 48% de su déficit global. En 2019 dicho saldo negativo sumó 345 mil millones, una reducción de 17.9%

en relación a 2018. En aquel año, el déficit con China pasó a representar 40.5% del global, 7.5 puntos porcentuales menos que en 2018.

Los reclamos estadounidenses a China son que el déficit de ellos resulta de las políticas comerciales discriminatorias de este país, que desde fines de 2001 es miembro pleno de la Organización Mundial del Comercio donde no han prosperado demandas importantes sobre dichas prácticas. A eso se agregan acusaciones aún más bizarras: robo de propiedad intelectual; espionaje industrial e imposición a empresas estadounidenses por el gobierno chino de que transfieran tecnología y *know how* a sus socios chinos, etcétera.

El resultado de aquella retórica ha sido que las mayorías republicanas y numerosas demócratas en el Congreso de Estados Unidos apoyen las posiciones del gobierno de Trump, lo mismo que un número creciente de *think tanks* y de organizaciones empresariales, tanto conservadoras como algunas más liberales. A eso se suman denuncias a violaciones masivas a los derechos humanos de las minorías étnicas chinas, como las que habitan la Región Autónoma de Xinjiang, o acciones como la reciente aprobación por parte del órgano legislativo central de China –al que muchos califican de mero *rubber stamp*– de una ley de seguridad para Hong Kong, la que significa el desmantelamiento del principio de un “país dos sistemas” que lanzó el liderazgo chino en 1997, con la solemne promesa de que estaría vigente por 50 años.

En suma, la visión cada vez más prevalente en Estados Unidos es que China Popular y su espectacular desarrollo económico y tecnológico son una amenaza para la hegemonía estadounidense. Una actitud crecientemente asertiva en asuntos internacionales de parte Xi Jinping, quien desde 2012 ha amasado poder individual como ningún otro líder comunista chino, excepto Mao Zedong, y que ha impuesto un autoritarismo regresivo en relación a la idea del liderazgo colectivo dentro del partido comunista, ayudan a que internacionalmente haya ido creciendo la antipatía por el régimen político chino.

El Covid-19 como nuevo campo de batalla en la rivalidad sino-estadounidense

Es ampliamente sabido que la pandemia del coronavirus, causada por el síndrome respiratorio nuevo y agudo coronavirus 2 (Sars-COV 2), brotó en diciembre de 2019 en Wuhan, capital de la provincia sud-central de Hubei. También se divulgó con amplitud en el mundo el intento de las autoridades locales por ocultar el problema. Con todo, la manera tan drástica como reaccionó el partido comunista y el gobierno chinos

para contener la epidemia, que incluyó la puesta en cuarentena de más de 11 millones de personas y otras medidas extremas, le permitió a China controlar el número de personas infectadas y de muertos, 83.017 y 4,634 respectivamente, lo que es una bajísima proporción de su población de 1,400 millones de personas, y también avanzar más temprano que Occidente hacía una “nueva normalidad.”

El Presidente Trump tuvo en febrero y marzo algunas palabras laudatorias hacía lo logrado por el Estado chino y su omnipotente líder, Xi Jinping. Cuando la pandemia, que había sido declarada como tal el 11 de marzo de 2020 por la Organización Mundial de la Salud, comenzó a pegar en Estados Unidos a comienzos de mayo, la opinión de su gobernante y de algunos de sus principales colaboradores cambió radicalmente.

The new scold war, calificó agudamente una revista británica⁵ a esta fase de renovado enfrentamiento entre Estados Unidos y China. La traducción más adecuada de aquella frase no es como algunos piensan, una nueva guerra fría, sino “la nueva guerra de los vituperios”. Sin dedicar demasiado espacio a ese intercambio de insultos y acusaciones, es conveniente recoger algunos de ellos a fin de sacar conclusiones.

El Secretario de Estado Mike Pompeo, dijo a principios de mayo que contaba con “evidencias enormes” de que el virus del Covid-19 había salido de un laboratorio de virología de Wuhan. Los organismos de inteligencia del gobierno estadounidense no han encontrado elementos sólidos para confirmar lo dicho por Pompeo, a quien voceros oficiales del ministerio de Relaciones Exteriores de China han calificado de “demente” y de ser un “virus político”.

Cuando las muertes en Estados Unidos por el coronavirus llegaron a la marca de 100,000 personas, el presidente Trump anunció en una vitriólica y breve conferencia de prensa del 30 de mayo, que rompía relaciones con la Organización Mundial de la Salud, privándola de la cuota anual de Estados Unidos de “aproximadamente \$450 millones al año,” contra los \$40 millones que paga China, a pesar de lo cual –apuntilló Trump– ella “ha tomado control sobre” dicha organización internacional.⁶

La interpretación de la mayoría de la prensa escrita estadounidense, salvo aquella adicta a Trump, es la de que éste utiliza sus ataques a China como parte de su estrategia electoral. Por su parte, la gente y los medios de línea dura en China han reaccionado señalando que las

⁵ *The Economist* del 9 al 15 de mayo de 2020, p. 9.

⁶ Hace muchos años que un presidente de Estados Unidos había usado un lenguaje tan violento contra China. Ver <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-actions-china/>

acusaciones “lunáticas” de la administración Trump, son más que nada “subproducto de la proverbial ansiedad que han sufrido en Estados Unidos desde que China comenzó su ascenso global” (*Global Times*, diario muy nacionalista que se publica en inglés).⁷

Más allá de esos y muchos otros incidentes que pasarían de irrelevantes, de no ser que la pandemia del coronavirus ha venido a agudizar el fenómeno del desacoplamiento de los intereses de Estados Unidos con los de China, poniendo así fin a más de cuatro décadas de “competencia cooperativa”, que ayudó a crear un clima internacional de relativa paz y estabilidad. Ese término “desacoplamiento” abarca riesgos enormes que, a fin de simplificar, son los que pueden regresar al mundo a la era de la Guerra Fría, en la que ni México ni la mayoría de los países del mundo se librarían de tener que volver a vivir alineados a uno u otro lado de los poderes en pugna.

En cuanto a la cuestión de que quién saldrá victorioso del debate sobre responsabilidades en el azote global de la pandemia, que ya es parte inherente de una rivalidad peligrosa, si será Estados Unidos o China, conviene hacer un breve ejercicio de cuáles son las fortalezas y debilidades de ambas partes en lo relativo a sus obligaciones internacionales y la victoria pírrica que finalmente logren en esa otra guerra contra la pandemia del coronavirus.

Al comenzar con China, independientemente de la veracidad de las bajas cifras reportadas de contagios y decesos, el prestigio del gobierno de ese país ha salido fortalecido por la relativa rapidez con la que se contuvo la epidemia al interior de ese país (Trump acusa al partido comunista de China de permitir deliberadamente la exportación del virus).

Además, China se ha convertido en un exportador mayoritario en el mundo de materiales anti-epidémicos, lo que ha utilizado su gobierno como medio para ganar prestigio internacional. A Italia y otros países europeos los chinos les han entregado gratuitamente algunos de esos medios sanitarios, pero en la mayoría de los casos los exportan a sus valores comerciales. En mayo de 2020 China logró un superávit comercial de 62,093 millones de dólares, un verdadero record en tiempos de la pandemia, y las exportaciones de equipo y artículos médicos contra epidemias “contribuyeron enormemente a ese resultado”.⁸

Por otra parte, cada vez que Estados Unidos deja un vacío en el mundo, China se apresura a llenarlo. Tal fue el caso de la OMS, en cuya

7 Citado por Chris Buckley y Steven Lee Myers en “From ‘Respect’ to ‘Sick and Twisted’: How Coronavirus Hit U.S.-China Ties”, *The New York Times*, 15 de mayo de 2020.

8 Liu Liu, analista de CICC (China International Capital Corporation), citado en el diario mexicano *El Financiero*, el 8 de junio de 2020.

73^a Asamblea Mundial, que arrancó el 18 de mayo, el mismo presidente Xi anunció desde Beijing, justo antes de que hablara su representante en la Asamblea, la aportación de un fondo de 2,000 millones de dólares para luchar contra la pandemia y declaró que las vacunas que China consiga desarrollar estarán disponibles como bien público global, y otras atractivas promesas.

En cuanto a debilidades en la lucha contra Estados Unidos por ganar protagonismo, la mayoría de ellas se ubican en el terreno de la geopolítica. Sin duda que la decisión de Beijing de poner un freno a la autonomía de Hong Kong le está acarreado a China numerosas críticas mundiales que además se nutren de las noticias nunca oficiales de que el gobierno chino tiene confinados a alrededor de un millón de uigures en campos especiales de “reeducación” para supuestamente librarlos de peligrosos fanatismos religiosos mahometanos.

Por su parte, Estados Unidos cuenta con cada vez más simpatías internacionales en la parte no beligerante de su campaña por exigir que China ofrezca información transparente sobre la evolución del genoma del nuevo virus y comparta las investigaciones y los resultados que sus científicos han logrado sobre el Covid-19, con científicos de otros países.

Desafortunadamente para Estados Unidos, esos argumentos en lo relativo a una obligada cooperación de China con el resto del mundo en la guerra contra el coronavirus, pierden fuerza moral ante los excesos propagandísticos de Trump y sus principales colaboradores, así como los esgrimidos por legisladores republicanos que, entre otras cosas, llaman a legisladores y políticos de otras partes del mundo a organizar una verdadera cruzada contra China.

Otras debilidades estadounidenses en su competencia con China para probar cuál de los dos países ha actuado de manera justa y solidaria con el resto del mundo son básicamente dos: la notoria incompetencia de Trump y de su gobierno para preparar a su país a prevenir y luchar contra la pandemia. Los casi 117 mil decesos y de 2 millones de casos de coronavirus que sufría Estados Unidos al 8 de junio de 2020,⁹ confirman aquella ineptitud y lo maltrecho del sistema de salubridad de esa gran potencia, cuyo actual jefe de Estado pasará a la historia, entre otros yerros, por haber desmantelado la reforma que había iniciado su predecesor para brindar protección universal en materia de salud al pueblo estadounidense.

9 Cifras redondeadas a las que aporta el CSSE de la Universidad Johns Hopkins para esa fecha.

La otra debilidad es la persistencia de un sistema de justicia discriminatorio y con tintes racistas. El dramático episodio del asesinato de George Floyd una afrodescendiente estadounidense a manos (con la rodilla) de un policía en Minneapolis, a la luz del día, desató en todo el país, no únicamente en las grandes ciudades, una ola de justas protestas que degeneraron, varias de ellas, en actos de vandalismo, como consecuencia del uso excesivo de la fuerza por parte de la policía, y por la orden que dio el Presidente Trump de mandar a la guardia civil. En la capital, la alcaldesa bautizó una calle que pasa frente a la casa Blanca con el nombre de un histórico símbolo de la lucha contra el racismo: *Black lives matter* (Plaza).

En casi todo el mundo se replicaron dichas protestas contra el racismo y la discriminación. Con ello, y con la actitud recalcitrante de Trump, ¿cuál es la fuerza moral o incluso la del mensaje meramente político de acusar al partido comunista de China de ser un azote de su propia gente y de la humanidad?

México ante el actual panorama de confrontación sino-estadounidense

En medio de la pavorosa pandemia del coronavirus, que en México había cobrado la vida de 13,699 personas el 8 de junio, sétimo lugar mundial por el número de decesos,¹⁰ y cuando aún no se veía el pico de la epidemia, pocos nos hemos percatado del fantasma de una guerra entre Estados Unidos y China en el ámbito de la pandemia y en otros campos.

Llama la atención que desde la etapa de la guerra comercial entre esos gigantes, líderes empresariales de México, funcionarios e incluso el Presidente Andrés Manuel López Obrador hayan dicho, con diferencias de énfasis, que eso beneficiaba a las exportaciones de México a Estados Unidos.

Tal tipo de especulaciones, que reflejan un pragmático egoísmo, se fortalecieron cuando el Departamento de Comercio de Estados Unidos mostró cifras de 2019 en las que México aparece como el principal socio comercial y China en segundo lugar. Pero aún en un enfoque de *realpolitik* no hay mucho de que regocijarse. El comercio total (exportaciones más importaciones) de Estados Unidos con México fue, en cifras redondas de 615 mil millones de dólares y con China de 559 mil

¹⁰ Número de casos, 117,103; muertes 13,699 (*ibidem*).

millones; pero el superávit chino frente a Estados Unidos fue más de tres veces mayor que el mexicano.¹¹

En un escenario extremo, que la confrontación sino-estadounidense llegara a la suspensión total de comercio entre ellos, cosa poco probable, México no tendría la capacidad inmediata o incluso mediata, para sustituir las exportaciones chinas a Estados Unidos por las enviadas desde México. Nos conviene más que esa confrontación termine, con tregua o con acuerdo permanente, porque las cadenas de producción China-México-Estados Unidos continuarán con su propia dinámica en ausencia de proteccionismos comerciales, y entonces los exportadores establecidos en México podrían gradualmente consolidar la posición del país como primer socio comercial de Estados Unidos. No olvidar que China ya es el segundo proveedor mundial de bienes a México, y una parte de esos son insumos que permiten a nuestro país exportar a precios competitivos a su cercano mercado del norte.

Un ejercicio del mismo tipo, pero para el caso de la lucha contra la pandemia, sería más complicado y requeriría de información más detallada para saber qué tanto beneficiaría a México una total ruptura sino-estadounidense en materia de interdependencia de recursos médicos y otros complementarios (posibilidad que es menos remota que la suspensión total del comercio bilateral entre aquellos actores). Pero me atrevo a afirmar que siempre será mejor para los intereses nacionales una amplia cooperación entre Estados Unidos y China en el campo de la salud.

Referencias

- Bernstein, Richard & Ross H. Munro (1997). *The Coming Conflict with China*. New York: Alfred A. Knopf.
- He Yafei (Agosto 30, 2018). "US-China Relations: From Cooperating Rivals to Competing Rivals", *The Diplomat* (digital publication) <https://thediplomat.com/2018/08/us-china-relations-from-cooperating-rivals-to-competing-rivals/>
- Nathan, Andrew J. & Robert S. Ross (1997). *The Great Wall and the Empty Fortress*. New York-London: W. W. Norton & Company

11 Calculado con base en cifras de: <https://www.census.gov/foreign-trade/balance/index.html>